

II

Recuerdo del astrónomo Le Gentil. La vía férrea de Veracruz. Reflexiones sobre el estado actual de la República y sobre la importancia relativa que para ella tienen los ferrocarriles y la colonización. Llegada á Orizaba.



mito hacer mencion de esos sufrimientos sin nombre que, al emprender un largo viaje, se experimentan cuando llega el momento de arrancarse del seno de una familia querida. A nadie pueden interesar estos detalles..... Además, solo las personas que se hayan encontrado alguna vez en una situación idéntica á la mia, comprenderian tales angustias. No se trataba simplemente de un viaje alrededor del mundo emprendido por gusto ó aun por necesidad; no únicamente de los accidentes ordinarios que pueden ocurrir en una ausencia dilatada; no por último, de sufrir solamente el dolor de estar privado por un tiempo mas ó menos largo de la presencia de los seres en quienes se concentran las afecciones mas dulces y delicadas, sino que además, y sobre el sufrimiento natural de una separacion, veia yo sin cesar suspendido sobre mi el peso de una gran responsabilidad, sin poder confiar al mismo tiempo en la seguridad de salir airoso en la empresa confiada á mi cuidado. Y en caso de estrellarme

contra uno de tantos obstáculos ante los cuales son impotentes la voluntad y la energía, pero cuya presencia no me fuera, dable patentizar ante mi Gobierno y mis compatriotas, ¿debía yo volverme á presentar á ellos para decirles que se habia gastado inútilmente el dinero de la nacion?

Nadie, ciertamente, me habia obligado á aceptar la presidencia de la expedicion. Por el contrario, la admití voluntariamente con el mayor entusiasmo por los fines á que iba dirigida, y con profundo reconocimiento por la distincion que en mi favor envolvia. Pero no es menos cierto que una vez aceptada, yo era el único responsable de su éxito; y aunque ninguna responsabilidad asusta á un hombre de rectas intenciones, cuando dispone de medios seguros para llevar adelante sus propósitos, yo no debia considerarme en este caso, supuesto que mil dificultades, imposibles de prever, podrian poner á la realizacion de los mios un obstáculo que ni con el sacrificio de la vida lograria sin duda vencer.

Profundamente preocupado por todas las reflexiones que brevemente dejo expuestas, y vivamente conmovido por una tristísima despedida, pasé una noche en extremo agitada. Ni el rápido movimiento del tren, ni el fresco de la brisa nocturna, ni las conversaciones de mis compañeros, eran bastantes para distraerme de mis pensamientos. No se apartaba de mi imaginacion la historia del astrónomo frances Le Gentil, uno de los expedicionarios en los tránsitos de Vénus el siglo pasado, de 1761 á 1769, y sin duda alguna el mas desgraciado de todos.

Este astrónomo, destinado por la Academia de ciencias para observar en Pondichery el tránsito que se verificó el 6 de Junio de 1761, partió de Francia hácia fines de Marzo de 1760. No pudiendo llegar desde luego al lugar de su destino, á causa de la guerra que habia estallado entre su patria y la Inglaterra, se resolvió á esperar en la isla de Francia una oportunidad favorable

para trasladarse á Pondichery. Cerca de un año permaneció Le Gentil en la isla, espiando con la mayor impaciencia los varios sucesos de esa larga lucha, ya alentado por la esperanza de establecerse en su estacion, ya pensando en practicar sus trabajos en la isla de Rodriguez, que era otro de los puntos elegidos por la Academia, y en donde debia observar el astrónomo De Pingré. A punto ya de decidirse á hacer sus observaciones aliado de su ilustre compatriota, supo Le Gentil que una fragata francesa se disponia á hacerse á la vela para tocar en Pondichery, y se resolvió á embarcarse en ella. Sin embargo, el buque no pudo partir de la isla, de Francia sino á mediados de Marzo de 1761, y aunque ya estaba muy próxima la fecha del tránsito, no dudó Le Gentil que en algo mas de dos meses y medio tendria el tiempo suficiente para llegar á su estacion y para prepararse á observar.

¡El desdichado astrónomo no contaba ni con las traiciones del mar ni con las peripecias de la guerra! Apenas embarcado, comenzaron á experimentarse profundas calmas, que mantenian á la fragata casi fija en medio del Oceano. Por fin, hácia los últimos dias de Mayo se hallaba el barco frente á las costas de Malabar. Todavía en circunstancias propicias, era posible llegar á la estacion de Pondichery, aunque apenas quedaria el tiempo estrictamente necesario para practicar los trabajos preparatorios mas indispensables para una observacion que hacia un año esperaba ansioso el hábil astrónomo, y para cuya consecucion habia abandonado patria, familia y amigos. Pero nueva y decisiva contrariedad: el capitan de la embarcacion supo allí que los ingleses se habian apoderado de Pondichery, y que corria peligro de caer en manos de los cruceros que surcaban aquellos mares, si no huia á toda vela hasta ponerse al abrigo de sus enemigos en alguna posesion francesa.

Evidentemente Le Gentil hubiera arrostrado el cautiverio, la muerte tal vez, con tal de que se le hubiera

permitido terminar su interesante observacion, una observacion que no podria repetirse sino al cabo de ocho años, y en seguida, despues del trascurso de mas de un siglo; pero el comandante de la fragata, menos entusiasta por la ciencia, ó mas preocupado por la seguridad de su barco y de sus mercancías que por los tránsitos de Vénus, optó por aprovechar el consejo de ponerse en salvo, y á pesar de la desesperacion de Le Gentil, volvió á dirigir su rumbo hácia la isla de Francia. El astrónomo vió así desvanecidas sus últimas esperanzas, y para colmo de desdichas, el 6 de Junio amaneció purísimo y sereno: el pequeño planeta se proyectaba como un punto negro en el globo del gran luminar que en todo su esplendor lanzaba sus rayos sobre la embarcacion..... ¡y esta se hallaba entonces casi á la mitad de su travesía de vuelta hácia su punto de partida!

Si es verdaderamente asombroso el conjunto de circunstancias que se reunieron para nulificar los esfuerzos del infatigable observador, lo es mucho mas la constancia heróica que este manifestó despues de haber sido víctima de tantos contratiempos. A pesar del terrible desaliento que debió experimentar al ver desvanecidas sus mas caras ilusiones, alimentadas por mas de un año, y á despecho de penalidades, privaciones y peligros, Le Gentil no renunció á sus trabajos predilectos, sino que de vuelta á la isla de Francia, se decidió á esperar de nuevo una oportunidad favorable para dirigirse otra vez á Pondichery, establecerse allí y esperar durante *ocho años* el tránsito siguiente que debia verificarse el 3 de Junio de 1769.

Llevó en efecto á cabo este admirable propósito; pero si ocho años antes la guerra de los hombres le impidió realizar sus aspiraciones, en 1769 el cielo mismo se puso en su contra. Terminados todos sus preparativos; listo ya para observar el fenómeno que habia ocupado una parte considerable de su laboriosa existencia; próximo, en fin, á alcanzar al fugitivo fantasma tras el

cual habia corrido por espacio de dos lustros, Le Gentil solo vió al través de su telescopio otro fantasma siempre aterrador para el astrónomo, una nube interpuesta entre su estacion y el brillante astro central.

No ha existido quizá un solo sér humano que haya dejado de experimentar grandes contrariedades en el curso de su vida, contrariedades que hacen creer á veces en la existencia real de esa entidad fantástica creada por la imaginacion con el nombre de fatalidad; pero preciso es convenir en que si alguno es acreedor al perdon mas completo por tal creencia, en el caso de haberla abrigado, es sin disputa Le Gentil. Los hombres, el mar, la atmósfera, todo se conjuró en contra del sabio infatigable, quien de seguro, en medio de su despecho habria preferido seguir la suerte de su compatriota Chappe, pues hay momentos en que no se apetece la vida ante un gran desencanto. Si Chappe sucumbió, en efecto, al ataque de una grave enfermedad en California, no fué sino algunos dias despues de haber desempeñado dignamente la comision que le condujo á América, y de dejar consignada en la ciencia astronómica una de las mejores observaciones del tránsito de Vénus de 1769, y en la que tomó parte nuestro ilustre compatriota Velazquez de Leon. Pero hay todavía otro rasgo heroíco de Le Gentil: su decidido amor á la ciencia no se evaporó al soplo poderoso de tantos desengaños, puesto que de vuelta á Francia publicó el fruto de las laboriosas investigaciones á que se habia entregado, durante su larga residencia en la India, acerca de la astronomía de los brahmas.

Convengamos en que el recuerdo de Le Gentil, no era el mas á propósito para tranquilizarme, porque su posicion hace mas de un siglo, presentaba bastante semejanza con la mia en la actualidad. Yo tenia, en verdad, algunas ventajas sobre el astrónomo frances, pues contaba con el vapor para nulificar las distancias y para vencer las calmas del Oceano; pero en cambio

disponia de mucho menos tiempo. La guerra que parecia inevitable entre la China y el Japon, quiere decir, entre los dos pueblos de los cuales tendria que elegir uno, segun toda probabilidad, para situar mi estacion, me colocaba en la misma incertidumbre que á Le Gentil la que estalló entre Francia é Inglaterra en 1761. El temor de las condiciones atmosféricas ó climatológicas era el mismo para mí en cualquiera localidad, puesto que la ciencia no tiene todavía un medio seguro y expedito para disipar las aglomeraciones de nubes. Pero en lo que yo consideraba mi situacion mas desfavorable que la del sabio frances, era en que la patria de este habia enviado diversas Comisiones á diferentes partes del mundo, de las cuales algunas por lo menos lograrian ejecutar sus trabajos, mientras que en mi caso fracasar era lo mismo que destruir por completo la esperanza de la deseada cooperacion de mi país. Los pueblos habituados á esta clase de expediciones, están tambien acostumbrados á ver que unas fracasan y otras logran su intento: lo están por tanto á hacer justicia á sus comisionados, cualquiera que sea el éxito que alcancen, y sus frecuentes comunicaciones con las mas remotas partes del mundo les permiten seguir paso á paso los viajes de sus enviados, y apreciar por lo mismo las dificultades mas ó menos graves con que tienen que combatir. Pero mis circunstancias no eran estas por desgracia, y en consecuencia muy fundados mis temores de que si á pesar de mi empeño no se obtenia un buen resultado, se elevaria un voto de reprobacion al Gobierno por haber gastado inútilmente una suma de cierta importancia.

Aunque lo que me fuera puramente personal deberia quedar siempre en último término respecto de otras consideraciones de mayor interes, no por eso dejaba de pensar que mi posicion era comparable á la de un general en vísperas de dar una batalla de éxito incierto. Lo mismo que este, hallaria el aplauso si salia

vencedor, cualesquiera que hubieran sido mis torpezas en la lucha. Si resultaba vencido sería silbado, aunque hubiera hecho prodigios de valor y de pericia en el combate. Esta es la verdad, pura, desnuda de toda ilusión. Muy contadas serían las personas de quienes pudiera esperarse completa justicia.

Tales fueron mis reflexiones en la primera larga noche de nuestro viaje. Las consigno aquí, porque me atormentaron durante tres meses; esto es, hasta la fecha en que se logró felizmente el objeto de la expedición. No volveré acaso á hacer mención de ellas; pero perdónenseme unos temores exagerados quizá, aunque muy naturales, y que por otra parte sirvieron para exaltar mi desconfianza y estar siempre alerta á fin de no omitir jamás precaución alguna conducente al logro de mi intento.

Al amanecer habíamos recorrido la mayor parte de las tristes y en apariencia improductivas llanuras de la mesa central, que se extienden desde México hasta el principio del descenso hácia la costa. Con el nuevo día se disiparon un poco mis inquietudes, y la fatiga, el movimiento y el insomnio haciendo predominar la materia sobre el espíritu, nos predispusieron á todos á hacer honor al almuerzo en Boca del Monte.

La mañana estaba fresca, y la densa niebla que reina generalmente en esas alturas en que vienen á morir las inmensas gradas de montañas que, como una escalera de gigantes, se elevan desde el mar hasta la mesa de Anáhuac, cubría casi del todo el magnífico y variado paisaje que á cada paso sorprende al viajero.

Solo la costumbre que tenemos de ver incesantemente las encantadoras perspectivas que por todas partes presenta este montañoso país, puede hacernos no admirar bastante las vistas indefinidamente variadas y siempre deliciosas de que se goza en nuestro primer ferrocarril, especialmente cuando se baja hácia el puerto.

El trazo atrevido de la vía, la enorme altura á que se eleva en pocas horas y en una distancia horizontal comparativamente pequeña, sus obras de arte de innegable mérito, las emociones que inevitablemente se experimentan á la vista de los insondables precipicios sobre los cuales parece á veces suspendida la locomotora, todo contribuye á hacer de esta obra una de las mas notables que en su género existen en el mundo. En mi largo viaje alrededor del globo he recorrido muchos millares de kilómetros en ferrocarril, y he visto en diversos países las obras colosales del ingenio para vencer los obstáculos que la naturaleza ha puesto á las fáciles relaciones de los hombres; pero sin que me ciegue el amor patrio, puedo decir con verdad, que en ninguna otra vía he hallado reunida tanta magnificencia en el paisaje á tanta industria para dominar á la naturaleza.

La simple consideracion de que el ferrocarril asciende desde el nivel del Oceano hasta la mesa central á una altura de mas de 2,500 metros, siendo de unos 270 kilómetros la distancia entre los puntos extremos de ese trayecto, basta para comprender cuántas deben haber sido las dificultades de su construccion. Estos datos indican una pendiente general casi de 1 por 100; pero hay tramos de mucho mayor declive. El comprendido entre Boca del Monte y la barranca de Metlac, cuya longitud es de 56 kilómetros, y cuya diferencia de altura es de 1,436 metros, da cerca de un 3 por 100 de declive general. Los tramos inmediatos á la barranca tienen una inclinacion casi de 4 por 100. En vista de tales pendientes, se concibe claramente que solo las poderosas máquinas Fairlie, pueden hacer sin peligro el servicio en estas partes de la vía, conduciendo los largos y pesados trenes de mercancías que transitan entre la Capital y el puerto de Veracruz.

No hay duda en que los hombres de Estado y los hombres de ciencia deben experimentar un sentimiento de legítimo orgullo al ver terminada esta obra gigantesca,

sentimiento de que tampoco puede sustraerse ninguno de los hijos de nuestro suelo. El viajero medianamente accesible á la admiracion del arte y de las bellezas naturales, hallará en ella excelentes modelos y magníficos cuadros que imitar; pero despues de estas impresiones mas ó menos fugitivas, y cuando se examinan las cosas bajo todos sus aspectos, vienen otras consideraciones de un carácter mucho menos halagüeño, ó por mejor decir, muy tristes, dirigiendo la vista hácia el porvenir con la impaciencia de quien desea ardientemente la prosperidad de su país.

Grandiosas son, en efecto, nuestras montañas y espléndidas sus perspectivas, pero tambien muy abundantes por desgracia. Yo confieso que despues de haber recorrido una gran parte de la República, y palpado las dificultades, por ahora insuperables, que presenta todo nuestro suelo para el establecimiento de buenas vías de comunicacion, que faciliten el contacto de su escasa poblacion y la salida de sus productos naturales, no solamente me he hecho menos admirador de los bellos paisajes, sino que he cambiado por completo de ideas respecto de la decantada riqueza de mi patria.

La creencia en esta riqueza nos la infunden desde niños, vaga como toda tradicion, ciega como una fé, y sin mas fundamento aparente que el hecho de que poseamos minas de oro y plata. Pero tal fundamento, puesto como único precedente, nos conduciria tambien á concluir que era rico un hombre perdido en medio del Sahara, sin medio alguno de salir del inmenso arenal y de ponerse en relacion con sus semejantes, con tal de que se hubiera encontrado allí un gran trozo de oro. Y el hecho es que esa codiciada masa del precioso metal no impediria que aquel Robinson del desierto se hallase en la mas completa imposibilidad de satisfacer las primeras y mas apremiantes necesidades de la humanidad, y moriria acaso de hambre sobre su tesoro.

El oro y la plata constituyen, es cierto, un elemento de prosperidad para las naciones; pero es el único que tenemos nosotros, y por sí solo no es suficiente, ni mucho menos, para llegar á la conclusion de que es rico el país que lo posee. Nos faltan otros elementos, y entre ellos dos muy importantes, como son una poblacion mas abundante y un suelo que le sea mas accesible. Examinemos siquiera rápidamente y sin preocupacion nuestras verdaderas condiciones.

En un territorio de mas de 100,000 leguas cuadradas, existe diseminada una poblacion superior á 9 millones; pero de los cuales 5 millones, por lo menos, son casi inútiles en su estado actual, si es que no llegan á ser perjudiciales para el desarrollo del país. Un suelo desigual, escabroso, surcado por numerosas cadenas de montañas elevadas, ofrece la configuracion general de una gigantesca pirámide truncada, cuyas caras oriental, meridional y occidental ascienden desde el mar hasta mas de 2,000 metros de altura, para formar la gran altiplanicie de Anáhuac, cuya elevacion va decreciendo gradualmente hácia el Norte. Las circunstancias combinadas de una pequeña latitud y un gran ascenso, dan por resultado que el suelo de la República reúne todos los climas y es susceptible de producir todos los frutos de las zonas tórrida y templada; pero la propia configuracion se opone á la existencia de grandes vías fluviales, y hace sumamente difícil la construccion de las terrestres. En los terrenos inclinados los cursos de agua son en general torrenciales, abundantes solo en la estacion de las lluvias, y por tanto acaso mas destructores que benéficos. En la mesa central, y sobre todo hácia el Norte, no solo son escasísimos los manantiales, sino que tambien lo son las lluvias, y grande en consecuencia la sequedad del suelo, cuyos productos para ser algo seguros demandarian la ejecucion de inmensas y costosísimas obras de irrigacion.

De estos hechos se desprende el de que la producción agrícola de cada localidad, tiene que limitarse á lo puramente necesario para el consumo de su población, pues el valor de los fletes, igual ó quizá superior á veces al de los productos mismos, no permite la exportación de estos en grande escala. Y en efecto, los 5 millones de indígenas que constituyen la inmensa mayoría de la clase agricultora, solo producen lo poquísimos que basta para su consumo y para llenar sus casi nulas necesidades.

¿De qué sirve, pues, que nuestro país sea susceptible de producir lo bastante para alimentar, vestir y aun para proporcionar los medios de satisfacer las exigencias del lujo y de la opulencia á 200 ó mas millones de habitantes, si su *privilegiado* suelo (así se le llama) exige mas que en ninguna otra parte una lucha terrible y continúa del hombre con la naturaleza? Si la tierra es espontáneamente feraz en algunas regiones de nuestra patria, y puede serlo en todas, mediante el arte y el trabajo, ¿de qué nos sirve si no contamos con una población abundante é industriosa que sostenga esa lucha, quiere decir, que haga brotar el agua en donde no existe, que robe á los torrentes su caudal para convertirlo en mansos canales de irrigación y en vías fluviales, que taje ó taladre las montañas para dar fácil salida á los frutos de su labor?

Los productos mismos de nuestras minas, que por su naturaleza son de los que en menor peso y volúmen representan un máximo de valor, ¿pueden todos exportarse con algun provecho? ¿No nos vemos obligados á exportar y aun á beneficiar en el país solo los minerales muy abundantes en metales preciosos, esto es, únicamente una pequeña fracción de aquellos productos? y sin embargo, la mayor parte de nuestros minerales serían exportables ó beneficiables con gran ventaja, si el constante é inevitable costo de los fletes no viniese á nulificar un valor, que en otras condiciones seria una fuente perenne de prosperidad y de bienestar. Y si

esto se verifica respecto de la mas valiosa y mas apetecida de las producciones de nuestro suelo, ¿qué diremos relativamente á las de la agricultura, de la ganadería, de la industria fabril, etc., que son sin embargo las que constituyen los manantiales mas estables y fecundos de la riqueza particular y pública, como menos dependientes del acaso y mas del trabajo del hombre?

El lamentable y primitivo estado que guardan todas estas fuentes de prosperidad, fatalmente entorpecidas por las causas generales que he indicado, reconoce tambien las no menos fatales que provienen de las condiciones especiales de nuestra poblacion, y que la Nacion despues de su independecia no ha podido y casi ni intentado remediar. Nuestros conquistadores, ni bastante crueles para destruir la raza sojuzgada, ni bastante generosos y previsores para asimilársela francamente, elevándola hasta ellos y civilizándola, adoptaron el peor de los términos medios, cual fué el de aniquilarla moralmente. El tenebroso sendero en que encarriló á la España la suspicaz política de Felipe II, mezcla terrible de celo de autoridad y de fanatismo religioso, de inquisicion y de dominio, debió hacer sentir su influencia; mas que en otra parte, en las colonias; cuyas distancias á la madre patria, y cuya poblacion aunque sometida, numerosa, daba motivo para temer el alzamiento y la emancipacion de los vencidos.

Nada mas eficaz, en efecto, para conjurar estos peligros, que conservar indefinidamente á los indios en la condicion de menores, abandonándolos á la perpetua tutela de un clero, animado sin duda hácia ellos de sentimientos en lo general caritativos, pero demasiado fanático para tener la prevision de convertirlos en miembros útiles de una sociedad terrenal. No hay quizá fundamento racional para lanzar por esto un voto de censura á la política de la Península, pues para juzgarla con imparcialidad seria preciso trasportarse á aquella época, posesionarse de las ideas reinantes en ella y pesar

sus necesidades. Por otra parte, hoy como entonces, y como probablemente sucederá siempre, las naciones adoptan como buenos todos los medios que tienden á garantizar sus intereses, y por tanto nada tiene de especialmente censurable la España por haber seguido esta práctica universal. Razones análogas existen en mi concepto para considerar como poco fundados los cargos que se fulminan contra el clero por la manera con que condujo la educacion de los indios confiada á su cuidado; porque tal sistema de educacion, si así puede llamarse, está en perfecta armonía con el objeto y tendencias de aquella corporacion y con el punto de vista en que siempre se ha colocado. Desde el momento en que adopta por punto de partida el desprecio de todo interes mundano, para fijar sus miradas en los de otra vida que ha de comenzar desde la muerte, natural y lógico es que no dirija sus esfuerzos mas que á la salvacion de las almas, y que eche mano de cuantos medios cree ó afecta creer que son conducentes á ese fin. Lo que verdaderamente sorprende es que alguna vez se haya podido esperar otra cosa de tal precedente, y por eso los gobiernos encargados especialmente de los intereses de las sociedades existentes en este mundo, lo que hacen hoy y debian haber hecho desde un principio, es encargarse de la educacion de sus gobernados y guiarla de manera que por su medio se formen ciudadanos útiles á la humanidad en esta vida terrestre.

Sea sin embargo cual fuere el modo con que se juzgue á la política española respecto de sus colonias, el resultado es que naturalmente la raza conquistada, sin sentir disminuido su resentimiento hácia la vencedora, reducida á la condicion de una indefinida minoría, desprovista de toda instruccion y aun de toda educacion digna de este nombre, y sumergida por el contrario en el mas estúpido é ignorante fanatismo, vió trasformarse poco á poco su ódio activo en desconfianza pasiva, y convertida poco menos que en bestia de carga, perdió

con la esperanza la conciencia de su dignidad, y cayó en esa especie de inerte indiferencia en que hasta hoy la vemos, á pesar de los esfuerzos, no muy eficaces en verdad, que ha hecho la República para sacarla de ella. Entre los individuos de esta raza, sustraídos felizmente á la suerte general de la mayoría, ha habido en todas épocas algunos que se han distinguido por sus talentos y por servicios importantes á su país, lo cual es una prueba de todo lo que hubiera podido esperarse de ella, rodeada de mejores circunstancias.

En cuanto á la raza conquistadora, considerada en su conjunto é incluyendo en él á sus diversas mezclas, aunque educada tambien de una manera muy incompleta y en cierto sentido verdaderamente viciosa, conserva todavía la conciencia de una superioridad, no autorizada ciertamente por las leyes de México independiente, pero que de hecho existe á pesar de ellas, ya sea porque su cultura intelectual ha ido en aumento, ya por haber tenido de una manera casi exclusiva la direccion de los negocios públicos, ya finalmente por ser la dueña de la mayor parte de la escasa riqueza del país. Ardiente, impresionable, dotada de mas imaginacion que prudencia, y no refrenada la primera por el efecto de una instruccion sólida y positivamente científica, sino viciada al contrario por los estudios puramente teológicos, metafísicos ó literarios, esta parte de nuestra poblacion ha ido en sus concepciones intelectuales mas allá de lo que convenia tal vez al conjunto del país. Muy poco práctica en su inmensa mayoría, pero eminentemente teórica por efecto del género de instruccion que tienen sus clases ilustradas, se dividió desde un principio en dos principales partidos políticos basados en ideas preconcebidas, y en consecuencia no conformes con los hechos del mundo real y mucho menos con las necesidades especiales de nuestra sociedad, á la que sin embargo han agitado profundamente por mas de medio siglo.*

* Es digno de notarse que en el largo catálogo de los agitadores políticos, tanto de pluma como de espada, no figuran, sino acaso por excepcion, nombres de médicos, geómetras, químicos

Uno de estos partidos ha querido llevar al país hasta la teocracia, á la cual es instintivamente antipático todo progreso; y el otro hasta la mas anárquica demagogia, incompatible con todo orden, y por tanto tambien con todo progreso. Ni el uno ni el otro se han tomado el trabajo de examinar las verdaderas condiciones del pueblo ó de encaminarlas hácia determinado fin, sino que siempre colocados en su punto de vista puramente subjetivo, esto es, considerando las cosas como á su juicio deberian ser y no como son en realidad, el primero de estos partidos que antes se llamó conservador y que hoy es esencialmente retrógrado, ha soñado y sueña aún que con leyes represivas podria contener la evolucion natural de toda sociedad, y su marcha continua hácia una indefinida perfeccion. El segundo, llamado antes liberal y que hoy es verdaderamente conservador, puesto que con el estado de cosas que ha planteado cree haber dicho la última palabra en materia de buenas instituciones, ha juzgado igualmente que con leyes adecuadas lograria conducir al país de un solo salto hasta el bello ideal de una sociedad perfecta.

Se ve que ambos partidos concuerdan muy bien en atribuir á las leyes un poder mágico. Piensa el actual retrógrado que por su medio conseguirá formar una sociedad ardientemente católica, y aun se imagina quizá la posibilidad de llegar á organizar una cruzada de un millon de hombres, que despreciando todos los intereses de este mundo, se consagren á la segura y definitiva conquista del Santo Sepulcro. Juzga el progresista de ayer que con decretar la igualdad, la soberanía del pueblo, la libertad del sufragio, los juicios por jurados, etc., obtiene como por encanto la emancipacion y la instruccion del

cos, ingenieros, naturalistas, etc., ni de hombres prácticos en otra línea, como comerciantes, agricultores, industriales, etc., cuyas ocupaciones están, sin embargo, intimamente ligadas con el progreso del país. En cambio está formado por las clases mas ignorantes en ciencias exactas, físicas y biológicas, como militares, clérigos, abogados y literatos.

indio y de las demas clases inferiores de la sociedad. Sin la menor inventiva, se ha limitado á copiar servilmente instituciones que pueden quizá dar buenos resultados en países cuyas circunstancias son enteramente diversas de las nuestras, y en los cuales están profundamente arraigados entre todas las clases del pueblo, el amor y la costumbre del trabajo, así como el respeto á las leyes y al principio de autoridad, ya sea que esta se designe con el nombre de «reina,» como en Inglaterra, ya con el de «presidente,» como en los Estados Unidos.

Entre estos dos partidos extremos, y como la desvanecida media tinta de un claro-oscuro, se ha querido formar el liberal moderado, aunque no se ha manifestado merecedor del nombre de verdadero partido político. Sin iniciativa y sin valor para plantear la mas insignificante idea nueva, temiendo por el contrario toda reforma y aceptándola luego que otros la han hecho, ofrece la imagen de un ciego que caminando á tientas, evita un pequeño charco para caer quizá mas adelante en un profundo foso.

El partido liberal ha prestado en verdad al país el muy importante servicio de destruir los obstáculos que se oponian á su libre evolucion, y acaso si hubiera establecido sus reformas de una manera mas pacífica, las habria modificado en el sentido conveniente á los intereses de nuestro pueblo, para sacar de ellas todo el fruto posible, desechando lo que no estaba adecuado á sus condiciones; pero por desgracia ha sido preciso hacerlo todo en medio de la guerra civil, y la exaltacion de pasiones que esta produce, es muy mala consejera. Ya que esto no pudo evitarse, el partido liberal seria digno todavía del nombre de progresista, si viera en el actual órden de cosas un estado puramente transitorio, menos malo que el pasado, pero en manera alguna perfecto y definitivo. Habria entonces comenzado á reconstruir, atendiendo en primer lugar á la naturaleza del terreno

en que tenía que apoyar sus cimientos, y no persistiría en conservar como ciertos esos principios imaginarios y fantásticos que adoptó por lo pronto, y que le sirvieron como instrumentos de zapa para demoler el ruinoso edificio de las antiguas ideas

Desgraciadamente el mal que antes he señalado, la falta de una sólida instrucción positiva como base de toda especulación ulterior, entre la generalidad de las personas que han estado ó están al frente del movimiento, no les permite librarse del funesto imperio de la creencia en principios absolutos, y continúan intentando amoldar el mundo real á las reglas que aquellos les dictan, y que como ellos debían ser únicamente relativos. No es bastante para desviarlas de este camino el hecho irrecusable del creciente desprestigio de las instituciones, el cual parecería asombrosamente rápido, si no se reflexionase que es consecuencia necesaria, del carácter eminentemente artificial de sus principios y de ser del todo exóticas para este terreno.

Si al menos la prensa periódica, que se apellida á sí misma *la directora de la opinion pública*, estuviera emancipada de aquel imperio, podría esperarse de ella la iniciativa para los perfeccionamientos graduales y progresivos de la reforma, así como la *continua predicación del respeto á la autoridad y á las leyes*, sin el cual no hay gobierno ni instituciones posibles. Pero lejos de eso, la vemos casi siempre apasionada, representando solo los intereses de determinado bando y aun de determinada persona, y muy á menudo, tal vez con la mayor buena fé, tratando de debilitar la acción del gobierno y de las leyes, ya muy débiles por sí mismos é insuficientes para refrenar el desorden y la inmoralidad que cunden por todas partes. Siempre se levanta en ella alguna voz para abogar por el culpable, y esto lo hace en nombre de los sentimientos humanitarios, sin reflexionar que los mismos sentimientos

exigen antes que otra cosa la represion enérgica de todo atentado contra la sociedad. No se nota en ella, por lo general, esa firmeza que solo nace de convicciones íntimas, y aun á veces con una ligereza inconcebible, se presta dócil ó candorosa á servir de escalon al mas grosero charlatanismo.*

Con tales precedentes, ¿ cómo esperar de la prensa actual algo que sea provechoso á los intereses generales y á las necesidades positivas del país? ¿Cómo creer que tenga la imparcialidad, el tacto y la calma suficientes para estudiar á fondo las complicadas cuestiones sociales, siendo así que siempre es mucho mas fácil sentir y aun señalar un mal, que indicar su pronto y eficaz remedio?

El mas seguro, aunque muy lento y dificil, es sin duda alguna la educacion de las masas populares y la instruccion de las mas ilustradas, establecida sobre bases sólidas, comunes y uniformes. Este remedio ha

* Solo recordaré dos hechos del carácter mas vulgar. Cuando vinieron á México los hábiles prestidigitadores M. M. Faye y Keller, quienes para mayor claridad trabajaban á oscuras, pero que indudablemente conocian bien sus intereses, comenzaron por dedicar una sesion privada á los miembros de la prensa. Al dia siguiente los periódicos de la Capital aterrizaban á sus lectores con la narracion de los prodigios que habian presenciado los redactores, y sobre todo, con su manera de explicarlos. Unos decian que eran de todo punto inexplicables por las leyes del mundo físico; otros les atribuian la intervencion de los espíritus y demas entidades sobrenaturales, y aun alguno creyó que eran travesuras de Satanás en persona. Mucho me reí entonces, y volví á acordarme de ese pánico tan cándido y pueril, cuando ví el año pasado a conde italiano, Sr. Ernesto de Castiglione, repetir en un teatro de Paris, primero sin luz y despues á todo gas, las famosas escenas del *gabinete oscuro*, é imitando con bastante gracia las palabras, los modales y hasta los gestos de los charlatanes, todo acompañado de la hilaridad de una numerosa concurrencia.

Hacia la misma época, una persona cuyo nombre no recuerdo en este momento, anunció un descubrimiento maravilloso. Segun las descripciones que de él hacia la prensa, se trataba nada menos que de una nueva fuerza, que encerrada en una cajita, y por tanto sin punto de apoyo, y contra los principios mas elementales y mejor establecidos de la mecánica, podia obrar como propulsor de una embarcacion y aun creo que de cualquiera vehículo. El autor del prodigioso invento, en lugar de someterlo al exámen de personas competentes, como parecia natural, lo sometió por supuesto al de los periodistas. No sé lo que pasó en las experiencias que hizo en presencia de estos, pero los diarios refirieron maravillas del misterioso motor, y entre otras, que comunicaba al móvil una velocidad tan acelerada, que era preciso emplear medios moderadores para dejarle la conveniente. Como es de suponerse, nada ha vuelto á saberse de la fuerza mágica. Sin duda su descubridor cogió la cajita sin precaucion alguna, y arrastrado por la aceleratriz potencia, recorre los espacios planetarios con rapidez vertiginosa, ó gira acaso en torno de un mundo desconocido.

comenzado ya á plantearse en la Capital de la República y en las de sus Estados mas importantes; pero todavía no es bastante general para acelerar la produccion de todos sus frutos. A fines de 1867, el Gobierno, revestido aún de las facultades legislativas que tuvo durante la guerra de *intervencion*, decretó el plan de instruccion pública que rige en la actualidad, si bien mutilado despues por la accion del Congreso, muy pernicioso en esta materia de tan vital interes. El espíritu de aquel sistema en lo relativo á la instruccion secundaria, consistia en uniformar la enseñanza fundamental ó preparatoria, haciéndola base comun para todo estudio superior ó profesional. Sin pretender, por supuesto, que cada estudiante fuese un sabio, el plan primitivo le daba, sin embargo, nociones suficientemente ámplias de las ciencias matemáticas, físicas y biológicas, para que se formase una idea clara y exacta del mundo real; para que pudiese apreciar y comparar los métodos que emplea cada ciencia en la investigacion de sus verdades, segun la complicacion creciente de los fenómenos que forman el objeto de su estudio; y por último, para que palpase el íntimo enlace que todos ellos tienen entre sí, y por tanto con los mas complexos del órden físico ó moral, materia de los estudios superiores. Tal sistema de enseñanza tendia desde luego á uniformar todas las creencias por medio del único agente que tiene ese poder, la ciencia; y esta uniformidad establecida no sobre una fé, dogal de todo raciocinio, ni en opiniones mas ó menos controvertibles, sino sobre una conviccion íntima y racional, es sin disputa el único freno eficaz para contener los desvaríos de la imaginacion y para moderar el influjo desorganizador de las pasiones.

Por desgracia el Congreso mutiló este benéfico plan, y hasta cierto punto lo tronchó por su pié, exceptuando del estudio de algunas materias muy

importantes á varias profesiones, y entre ellas á la del abogado, que es precisamente la que mas necesita de nociones de todas las ciencias, porque versa sobre los fenómenos mas complicados de la naturaleza, como son los relativos á la sociología.* Lamentable como es el mal que esta medida ha causado aun á los estudios ulteriores de las profesiones perjudicadas por ella, es de esperarse que el Poder Legislativo vuelva sobre sus pasos, y que no olvidando la igualdad ante la ley que establecen nuestros principios constitucionales, deje de conceder títulos de ignorancia, ó sea dispensas del cumplimiento de las leyes en materia de estudios, como lo hace con frecuencia, en perjuicio general y aun de todo aquel que así las solicita. La juventud representa el porvenir: educarla bien es uno de los deberes mas gratos y mas sagrados del legislador amante de su patria.

Una vez bosquejado á grandes pinceladas el estado que guarda la raza indígena de la República, y la que se implantó en su suelo por medio de la conquista, se comprenderá que la marcha divergente de estas dos grandes fracciones de nuestra poblacion, ó para expresarme con mas propiedad, la posicion estacionaria de la una y el camino progresista de la otra, las separan sin sentirlo mas y mas de dia en dia, y convierte á la primera en una verdadera rémora respecto del estado social que ha planteado la segunda, menos numerosa

* Una de las materias suprimidas por el 7º Congreso constitucional. fué la parte de la geometría que se refiere á los volúmenes. Parece que este estudio estaba consignado en la ley con el nombre que se le dá algunas veces de *geometría del espacio*, y esto pareció tan sublime á los honorables diputados, que fué condenado casi por unanimidad, á pesar de que cuatro ó cinco voces de personas competentes se elevaron en su defensa. Pero contra razones hubo votos, equivalentes de la fuerza bruta en los cuerpos deliberantes. Eso *del espacio* dió mucho en que pensar, y causó sin duda cierto terror en la Cámara, atendida la uniformidad de la votacion. Lo mas original del caso es que se dejaron subsistentes otros estudios, como el de la física experimental, etc., que hacen un uso continuo de los volúmenes, y por eso muchos estudiantes de buen juicio á pesar de su poca edad, no se aprovechan de la dispensa y hacen completo el estudio de las matemáticas.

Este suceso pone de manifiesto, entre otras cosas, la falacia del principio moderno que atribuye á la influencia oculta y misteriosa del *número* la creacion de lo que no existe en la *unidad*. Un Congreso ha de ser sabio aun cuando sus miembros no lo sean.

y mas inteligente. Reflexionando en estas tendencias contrarias, hay motivo para creer que si un espíritu mas liberal, humanitario y previsor de parte del gobierno colonial, hubiera facilitado desde un principio la fusion de las dos razas, concediéndoles los mismos derechos y prerogativas, contariamos hoy con una poblacion mayor, mas homogénea, dotada de las cualidades de ambas componentes, y que hubiera hecho avanzar al país, conservando el apetecido paralelismo entre el progreso intelectual y el material, tan desigualmente desarrollados por desgracia.

Las causas brevemente mencionadas, sobre todo los defectos del sistema de educacion, cuyos resultados fueron para la raza indígena los de comprimir en ella el movimiento espontáneo de la especie humana hacia una continúa perfeccion, y para la otra el de hacerla tan poco práctica; y por otra parte, la fertilidad de algunas partes del suelo, que sin trabajo suministra lo necesario para las primeras y casi únicas necesidades del pueblo, basten quizá para explicar por sí solas la indolencia característica de la generalidad de nuestra poblacion, y esa especie de apatía ó resignacion fatalista con que acepta el *hoy* sin preocuparse del *mañana*. Pero hay á mi modo de ver otra causa que ha contribuido poderosamente al mismo fin, y es la decidida proteccion que el gobierno de España concedió á la industria minera, proteccion que podria calificarse de nociva, ó de inmoderada por lo menos, si se atiende á que fué con perjuicio de otras industrias reprimidas ó no alentadas suficientemente, y que sin embargo debian producir, á la vez que fuentes mas permanentes de riqueza, el hábito del trabajo considerado como único manantial seguro de bienestar. La minería, en efecto, improvisando capitales casi sin el concurso de la actividad, es de todas las industrias la que mas se parece al ciego azar del juego, y por tanto la menos á propósito para despertar el amor al trabajo y la prudencia de la economía, dos cualidades de que carece

completamente nuestro pueblo. Lo que se adquiere con facilidad se gasta de la misma manera; y todos hemos podido presenciar que las fabulosas riquezas creadas por las *bonanzas* se disipan como el humo, sin producir nada estable y sin dejar otro vestigio de aquella opulencia, mas que las ruinas de las haciendas de beneficio y las montañas de minerales no bastante ricos para ser explotados.

La agricultura, otras industrias y el comercio, tienden, por el contrario, á difundir entre las masas el hábito de la actividad, la convicción de la necesidad del trabajo para alcanzar un bienestar permanente, á la vez que infunden la conveniencia de una previsora economía, como medio de mejorar, incesantemente de condicion. Enseñan que este bienestar y este mejoramiento son hijos legítimos del trabajo, é independientes del acaso, de la casualidad de tropezar con una rica veta que produzca el dinero casi ya acuñado.

Si todos estos hechos no explicasen los defectos prominentes de nuestro pueblo y su escasa prosperidad, á pesar de la ponderada riqueza del país, seria suficiente para demostrar su influencia la simple comparacion de dos hijas de la misma madre, México y Cuba, una minera, otra agriculitora y comerciante, no obstante que la primera es libre y la segunda no logra emanciparse todavía. Mientras nosotros no podemos dar abundante salida ni aun al escaso sobrante de nuestra primitiva agricultura, la segunda provee de sus frutos á muchos millones de hombres, mediante un extenso comercio; y va sin contar que los productos tropicales de Cuba distan mucho de ser tan variados como pueden serlo los nuestros, y que las condiciones sociales de la isla la colocan en una posicion inferior á la que nos debia crear el estado de autonomía que felizmente poseemos.

Así, pues, aunque contamos con un elemento de riqueza, forzoso es convenir en que carecemos de otros

muchos, y en que los mas nos son enteramente contrarios. En consecuencia, predominando la influencia de estos sobre aquel, el resultado general de su combinacion es la extremada pobreza del país, y por tanto no hay que admirarse de que presentemos al mundo el singular espectáculo de nueve millones de pobres colocados sobre un pedestal de plata y piedras preciosas. Seria mil veces preferible, y opinarán como yo todos los que amen ardientemente á su patria é impacientes deseen su rápido engrandecimiento, que con un suelo menos abundante en productos minerales, pero fertilizado por el trabajo del hombre, ofreciésemos el cuadro de un pueblo activo é industrioso, arrancando á la tierra el sustento que necesita y cambiando el sobrante de sus producciones por las de otros pueblos, aunque para esto fuera preciso, como en la Holanda, disputar á los mares el terreno para la agricultura.

No el placer tan cruel como inútil de quitar una ilusion por desgracia tan generalizada, es lo que me impulsa á combatir la creencia en nuestra soñada riqueza; sino la conviccion de que mientras se juzgue que somos lo que no somos, natural es que no se pongan en accion los medios necesarios para llegar á ser realmente lo que creemos ser. Si he comparado á la fé tal creencia, es porque como ella acepta todo sin pruebas, y aun persiste en creer á pesar de la mas irrecusable evidencia de lo que le es contrario. Aquella errónea persuasion hace que los extranjeros sean injustos con nosotros, atribuyendo á ineptitud lo que no puede ser mas que el resultado inevitable del conjunto de nuestras circunstancias. Nada mas comun, por ejemplo, en el europeo ó en el anglo americano, que criticar nuestras vías de comunicacion, como si hubiese comparacion posible entre este suelo y los de sus paises, planos, poblados, regados por muchos y caudalosos rios, y en los que la naturaleza casi nada ha dejado que hacer á la mano del hombre.

La misma falsa creencia hace que hasta nuestro patriotismo tome muchas veces un rumbo equivocado, en lugar de ocurrir á las verdaderas fuentes de los males para conjurarlos. Entre la multitud de ejemplos que podrian citarse en apoyo de esta verdad, solo haré mencion del pensamiento que tuvieron algunos mexicanos muy amantes de su patria, hace cosa de tres años, y que fué el de promover una gran exposicion internacional en México. Esta idea era ciertamente elevada por la intencion que le habia dado nacimiento, la de hacer ver al mundo entero, ya que no los productos de nuestra industria, sí los muy variados frutos naturales del país, con el fin de excitar de esa manera el deseo de explotarlos en grande escala, suministrando un poderoso aliciente á la actividad y al capital extranjeros. Pero en este proyecto solo se tenia presente nuestro único elemento de riqueza, y se cerraban los ojos sobre todos los demas que lo aniquilan. Se olvidaba tambien de que el mundo entero, desde que el baron Humboldt lo asombró con la relacion de lo que puede producir este país, sabe perfectamente todo eso; y se perdía de vista que nada existe tan previsor como el capital ni tan astudizado como él, pues á despecho de teorías y de vaticinios, no se aventura mas que en aquellas especulaciones cuyo conjunto de circunstancias le asegura un buen resultado.

Nuestros hombres públicos, instruidos por la práctica de sus funciones, y en general todas las personas pensadoras que han tenido ocasion de palpar, ó al menos de examinar de cerca las fatales condiciones que se oponen al desarrollo del país, han comprendido tambien la imperiosa necesidad en que estamos de aumentar su poblacion y de facilitar el movimiento de esta. Pero tal movimiento exige buenas vías de comunicacion, y estas á su vez son el resultado de las necesidades creadas por una abundante poblacion. Para romper este círculo de hierro se han decidido á fomentar la construccion de

buenas vías férreas, esperando así alcanzar en seguida las demas mejoras, que vendrian por sí mismas. Hemos comenzado efectivamente á hacerlo así, comprando nuestro primer ferrocarril necesariamente caro, como se compra siempre todo aquello que se juzga indispensable al bienestar, aun cuando no pueda considerarse como de urgente necesidad.

La nacion ha aceptado con entusiasmo este principio de progreso material, y los Poderes de la Union han hecho varias concesiones conducentes al mismo fin; pero por desgracia sin resultado muchas de ellas, pues la pobreza del país no ha permitido el suficiente concurso de capital mexicano, y el extranjero no tiene la confianza bastante en esta clase de empresas para aventurarse en ellas, no obstante las considerables subvenciones del Gobierno.

Muy loables como son los esfuerzos y los sacrificios de este, y consecuentes con el punto de vista en que se ha colocado, me atrevo sin embargo á emitir la duda de que este punto de vista sea el mas conveniente. Reconociendo, en efecto, la inmensa desproporcion que existe entre la poblacion y la superficie de la República, así como la de las vías de comunicacion respecto del actual número de habitantes, no puede dudarse que la primera desproporcion es mucho mayor que la segunda. Ni podia ser de otra manera puesto que los medios de comunicacion, hijos siempre de las necesidades, guardan cierta armonía con el movimiento de la poblacion, mientras que la relacion entre el número de habitantes y la extension superficial en que están distribuidos, es enteramente fortuita, ó al menos depende de causas que no pueden establecer una armonía semejante.

En vista de esta desigualdad de los dos males, me habria parecido mas seguro combatir de preferencia al mayor, con tanta mas razon cuanto que la disminucion de este produjera tambien con toda evidencia la disminu-

cion de aquel; porque perturbada de pronto la relacion entre el número de habitantes y sus medios de contacto en virtud de un incremento anormal de la poblacion, las nuevas necesidades que este crease acarrearía la del aumento de aquellos medios para restablecer el equilibrio. Este resultado tiene á su favor, y en todos los países del mundo, pruebas continuas de la constancia con que se verifica; mientras que una marcha inversa, sin juzgarla enteramente ineficaz, me parece por lo menos sumamente incierta, y sobre todo, muy lenta en sus efectos. Corta es aun nuestra experiencia respecto de los beneficios producidos por el ferrocarril de Veracruz; mas en los pocos años trascurridos desde su terminacion, ¿ha correspondido realmente á las esperanzas que en él se tenian depositadas? El aumento del movimiento, del comercio, de la agricultura, de la exportacion, de la inmigracion extranjera, ¿está en proporcion con la magnitud de la obra destinada á producirlo?

La opinion general es que todavía no se hacen sentir esos benéficos resultados; y si se fija la atencion en la influencia que hasta hoy ha tenido en el país esta vía, se verá tal vez que es la de haber concentrado casi todo el movimiento vital de la nacion en un solo punto, mientras que el resto se muere de anémia. Los Estados del Norte y del Centro, las plazas antes importantes de Tampico, San Luis, Zacatecas, etc., languidecen, porque los negocios y el poco movimiento que estaban antes repartidos, se han reunido en una estrecha region, ó lo que es lo mismo, porque la poblacion no es bastante numerosa para conservar negocios y movimientos en todas partes. Así, pues, la actividad que ha originado nuestro ferrocarril, mas bien que á una circulacion libre y vivificante de la sangre por todo el cuerpo, condicion esencial para su estado de salud, es comparable á una congestion local, manifestacion de su enfermedad.

Tal vez si se prolongara la vía férrea lo mas que fuese posible hácia el interior y se bajasen extraordinaria-

mente sus tarifas, se conseguiría comunicar mas animacion á la agricultura, promoviendo y fomentando de esa manera una abundante exportacion, sobre todo si se excitaba el espíritu de competencia poniendo las obras en manos de diversas compañías, y haciendo terminar las líneas en varios de nuestros puertos como Tampico y Anton Lizardo, que es sin duda la mejor rada que tenemos en el golfo. Pero se comprende fácilmente que este proyecto es poco menos que irrealizable en la actualidad, por las dificultades naturales que le opone el escabroso suelo de la República y por el enorme capital que seria necesario para vencerlas.

Los reducidos frutos que hasta ahora ha producido el ferrocarril de Veracruz, provienen en mi opinion de la naturaleza eminentemente artificial de esta mejoría, muy superior á nuestras necesidades del momento. Suponiendo, por ejemplo, que el movimiento anual de mercancías entre el puerto y la capital fuese tal que los trenes pudiesen trasladarlas en seis meses de un punto á otro y depositarlas en él, ¿qué haria el ferrocarril en los seis meses restantes? Podria contestárseme que esta es una suposicion enteramente arbitraria, lo cual es cierto en la forma; pero si la he condensado así para dar mas claridad á mi razonamiento, siempre es verdad en el fondo; y la prueba de ello es que el servicio del ferrocarril, tan lento é imperfecto como es hoy, sobra para las necesidades del tráfico como á todo el mundo le consta. Tambien es verdad que este tráfico, lejos de crecer indefinidamente, ha alcanzado cierto grado estacionario, dependiente como es de la cantidad de poblacion. Nos hemos, pues, anticipado á establecer una mejora cuyos completos resultados están en espera de otra mejora: este es el hecho. ¿No habria sido entonces preferible comenzar por plantear esta última?

Seria ciertamente de desearse que hubiera sido posible introducir las ambas á la vez, pues la coloniza-

cion y las buenas vías de comunicacion son los dos medios reconocidos de mejorar nuestras condiciones; pero de no ser así, me parece evidente la conveniencia de promover ante todo la emigracion extranjera. La experiencia de lo que ha pasado en otros países, como la República Argentina, viene á robustecer mi opinion hasta tal grado, que no creo apoyarme en meras hipótesis al afirmar que si los 20 ó mas millones de pesos que se han invertido en el ferrocarril de Veracruz, se hubieran empleado en traer y establecer entre Orizaba y México de doscientos á trescientos mil inmigrantes agricultores y laboriosos, se habrian obtenido muchos mayores adelantos en la labranza, el impulso comunicado por esa colonia á una extensa region, habria ya promovido un considerable tráfico, y acaso la construccion misma de la vía férrea para hacer con mas provecho la exportacion de sus productos.

No me detendré en ponderar la urgente necesidad que tenemos de una abundante inmigracion. Nadie la desconoce y todos palpan que la atonía de la nacion aun en medio de la paz, el malestar originado por la falta de negocios y de medios de procurarse un trabajo independiente, la miseria, en fin, que se propaga de dia en dia, son la causa mas fecunda de los trastornos públicos. Pero sí no me cansaré de lamentar que no se haya hecho aun todo género de esfuerzos para procurarnos ese remedio radical de nuestros males. Han fracasado algunas tentativas, es cierto, pero esto consiste en que se han hecho de una manera imperfecta y sin constancia alguna. Tal vez siempre dominados por las funestas creencias en nuestra riqueza y en el omnímodo poder de los decretos, se ha juzgado que con leyes que concedan ciertas franquicias, ya hemos de tener un torrente de inmigrantes que se desborden sobre el país con el estímulo de hacerse poderosos.

Pero hay ciertas mejoras que no se plantea únicamente con leyes, sino con dinero. Desde que yo era

muy niño oía hablar de decretos relativos al ferrocarril de Veracruz; y el caso es que hasta que el Gobierno dió dinero fué cuando se llevó á cabo la obra. Lo mismo sucede con la colonizacion: es preciso comprarla y comprarla cara, porque la necesitamos.

Mientras no se comience por tener deslindados, divididos y del todo listos los terrenos para los colonos; mientras no se pague el pasaje de estos y se les auxilie durante el primer año cuando menos, no habrá la inmigracion que necesitamos. Por el contrario, mientras se persista en traer inmigrantes, y una vez llegados se les condene á la miseria, se les remita á terrenos malsanos ó demasiado distantes de los centros de consumo, ó bien no se les ponga inmediatamente en posesion de su lote de tierra, es indudable que no solo seguirán fracasando tan imprevistas tentativas, sino que á la vez se dará un golpe de muerte á la idea, entre las personas deseosas de establecerse aquí. Esto es, sobre todo, de la mayor importancia respecto de los primeros colonos, pues acaso mas tarde comenzarian á venir espontáneamente y en proporcion del aumento de bienestar que fueran produciendo los establecimientos primitivos.

Hace quizá mas de cinco años que el presupuesto de egresos consigna alguna suma para el deslinde de terrenos baldíos, que los hay probablemente hasta en los Estados mas centrales por los que sin duda conviene dar principio á la colonizacion; pero hasta hoy no se ha delimitado y fraccionado terreno alguno. Tal omision es lamentable porque el tiempo pasa, el malestar crece, y el remedio, siendo largo, exige mucha actividad. Yo quisiera verla, así como mas liberal franqueza en asunto de tan vital interés, pues creo notar ó falta de persuasion acerca de su urgencia, entre las personas á quienes toca impulsarlo, ó restos, tal vez inconscientes, de esa desconfianza ó de ese temor de los extanjeros, que fueron característicos en el gobierno colonial durante la

dominacion española. Pero aun sin esperar el deslinde de los baldíos, un franco llamamiento á los propietarios sería acaso eficaz. Estoy en la inteligencia de que el Sr. Martinez de la Torre ha hecho alguna vez indicaciones para ceder, ó para vender barata, una parte de sus tierras, con el fin de que se destinase á la colonizacion, y tan noble ejemplo, si esto es cierto, no puede menos de encontrar patriotas imitadores.

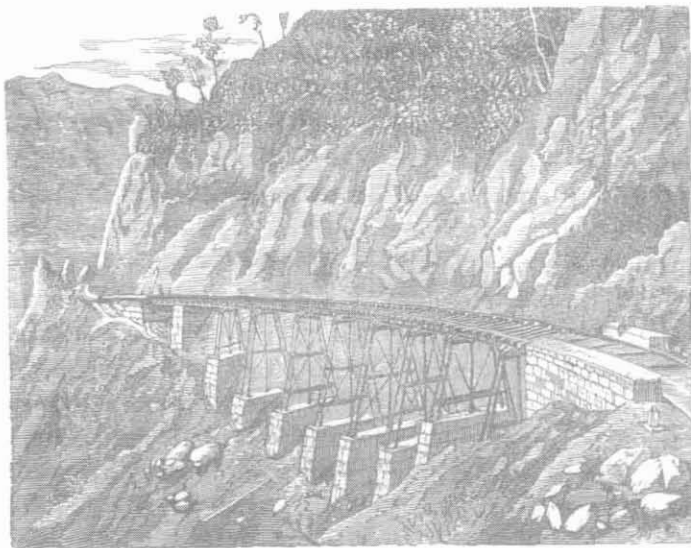
Suponiendo, sin embargo, que el patriotismo no respondiera al grito de la nacion que lo llama en su ayuda, responderia el interés, puesto que el propietario que lograrse establecer una colonia en una parte de sus posesiones, aumentaria con solo eso el valor de lo restante. Esto no es una teoría: he presenciado un caso en que el simple fraccionamiento de una propiedad extensa y muy poco productiva, le dió un valor tal, que conservando su dueño únicamente una parte de los terrenos, no solo pudo pagar todas las deudas que gravitaban sobre la finca, sino que se ha labrado un porvenir que parecia imposible antes del fraccionamiento.

En cuanto á los extranjeros, puedo asegurar por lo que he visto, y conmigo todos mis compañeros de expedicion, que se hallan en la mejor disposicion para establecerse en nuestro país. Si nos hubiera sido posible traer á cuantas personas nos han manifestado el deseo de venir, habriamos vuelto con una numerosa colonia; y no pedian mas que el pasaje y algun auxilio para comenzar sus trabajos. Por lo mismo abrigo la firme creencia de que un agente activo podria enviar á la República gran número de inmigrantes laboriosos del Piamonte, de Francia, del Sur de Alemania y de España, especialmente en estos momentos en que el servicio de las armas, la existencia ó el temor de la guerra, han creado tanto malestar y descontento entre la gente trabajadora.

Perdóneseme esta larga digresion, que no he sido dueño de evitar en medio de la honda tristeza que

me inspira la postracion de mi patria. Temo que mis apreciaciones no sean del agrado de todos: lo sentiria en extremo, pero son hijas de observaciones comparativas, hechas con fria imparcialidad, y en las que he tratado de desprenderme de todo amor propio nacional. Amo demasiado á mi país para adular á mis compatriotas, y creo por el contrario un deber darles la voz de alarma para que sin pasion fijen la mirada en los males de la patria, y procuren conjurar sus efectos. Muy íntima es mi conviccion, y creo haberla fundado, de que por ahora una de nuestras mas urgentes necesidades es promover con toda constancia, con entera energia, una abundante inmigracion; y que es preciso acogerla con franqueza, con liberalidad y con todo género de facilidades para que se arraigue, y para que al labrar su bien particular, coopere eficazmente á la prosperidad de su nueva patria.

Volvamos á nuestro viaje. A medida que avanzaba el dia se iban disipando las nieblas, de suerte que tuvimos la oportunidad de gozar de una parte no pequeña del magnifico cuadro que ofrece el descenso hácia Orizaba. Nuestra buena suerte quiso que encontrásemos en Boca del Monte al Sr. Gallo, ingeniero inspector del ferrocarril por parte del Gobierno, así como á los Sres. Braniff y Rascon, empleados de la compañía. En Maltrata, deseando el Sr. Gallo que examinase yo el trayecto de la vía y algunos de sus puentes, mejor de lo que podia hacerse desde el interior de los coches, me invitó para que continuase hasta Orizaba colocado sobre la máquina misma. Aceptamos con gusto el Sr. Barroso y yo; pero no nos instalamos en el departamento del mecánico, sino en la parte delantera de la locomotora, y sobre lo que se designa comunmente con los nombres de escoba ó de aventador. En ese lugar nada en efecto obstruia nuestra vista, pero apenas partió el tren comenzamos á apreciar todo lo peligroso de nuestro asiento. Sin respaldo para afirmar el



Viaducto del Infiernillo

cuerpo, sin mas apoyo para los piés que las resbaladizas y angostas barras que forman el aventador, y que apenas ofrecian un estrecho sosten para el tacon de nuestras botas, sin objeto alguno de que asirse con las manos, no íbamos sostenidos mas que por nuestro propio peso. Y los esfuerzos para conservar la verticalidad del cuerpo, única defensa que teníamos, debian combinarse á cada instante con los bruscos movimientos que nos imprimia la trepidacion de la locomotora y con los efectos de la fuerza centrífuga. En los pasos de las curvas, en el magnífico viaducto del «Infiernillo» cuyas dos curvaturas inversas le dan una inflexion en su centro, la fuerza centrífuga inclinándome hácia uno y otro lado, me producía la ilusion de verme suspendido sobre los abismos que corren á la derecha de la vía en casi todo el trayecto; quiere decir, del mismo lado que ocupaba yo en el aventador.

Grandes fueron nuestras emociones durante el rápido descenso, y el Sr. Barroso me confesó despues que habia pasado una hora de verdadera angustia. Yo la pasé lo mismo, pero en medio de ella no me cansé de admirar el mérito incuestionable de la vía. Constantemente sobre las vertientes de las montañas, sigue las numerosas ondulaciones de los contrafuertes de estas, semejante á una inmensa serpiente desarrollando sus anillos para amoldarlos á los pliegues del terreno, y para escalar lenta pero continuamente las gradas de la serranía. Se diria que temerosa del abismo se adhiere por instinto á todas las escabrosidades de las rocas, cual si buscase en ellas mil y mil puntos de apoyo para no caer. De trecho en trecho un profundo barranco le corta el paso, y entonces salta, por decirlo así, de un borde al otro, pues los ligeros puentes de hierro cuyas esbeltas columnas casi se pierden ante la robustez de aquella naturaleza, no parecen capaces de suministrar ni una línea de apoyo al pesado tren.

Cuando desde lo alto de la montaña se distingue el fondo de la cañada en que están Orizaba y el Ingenio, ó cuando desde esta se dirige la vista hácia las alturas por donde pasa la vía, y la cual se ve marcada por una línea apenas perceptible, interrumpida allá y mas allá por vaporosos puentecillos, parece imposible que tan enorme desnivel en tan corta distancia, pueda ser vencido por la locomotora y su larga cauda. Con razon hay personas que experimentan positivo espanto al transitar por nuestro magnífico ferrocarril. Por mi parte á nadie aconsejo que lo haga sentado sobre el aventador, á no ser á quien busque con avidez violentas emociones; pues aunque la vía está perfectamente construida, y la prueba es que hasta hoy no ha habido accidente alguno en esos peligrosos tramos, es muy fácil que un movimiento irreflexivo ó simplemente un vértigo momentáneo, sean bastantes para perder el equilibrio en aquel fugitivo asiento.

Antes de medio día habíamos llegado á Orizaba en donde supimos que no se tenia aún noticia del vapor frances. En el dia siguiente se nos reunieron los Sres. Jimenez y Fernandez con los bagajes é instrumentos que faltaban, y ya completa la Comision, quedé en espera del vapor para continuar inmediatamente nuestro camino, pues en cinco horas nos pondriamos en Veracruz tan pronto como se me diese aviso de estar aquel á la vista.

